

## MONOGAMIA Y POLIGAMIA: CONTRAPUNTO DE PÍO CID

MATÍAS MONTES HUIDOBRO  
University of Hawaii at Manoa

El análisis de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, de Angel Ganivet, nos lleva a proponer una oposición clave entre monogamia y poligamia como base interpretativa del texto. Pío Cid es el resultado de la confluencia de estos dos factores antagónicos horizontales, que hacen juego con lo que podríamos considerar dirección vertical y profunda, representada por el contrapunto amor-sexo. El principio monogámico, que establece las bases de las relaciones entre los sexos en el mundo occidental, actúa coercitivamente sobre Pío Cid, que a pesar de su oposición aparente al matrimonio monogámico, en la práctica cumple con los preceptos establecidos por el mismo. En oposición a la relación monogámica, la relación poligámica, asociada en el texto al mundo árabe y a las sociedades primitivas africanas, representa para Pío Cid la liberación del instinto y la plena realización individual. Al no hacerse realidad lo segundo, el personaje vive dentro del trauma de la sexualidad reprimida, que es un conflicto esencial de la novela.

Aunque existen excelentes estudios en relación con Angel Ganivet, donde se hacen inevitables las referencias más o menos detalladas a *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, la mayor parte de los mismos descansan en el nexo autobiográfico existente entre Pío Cid y Angel Ganivet. «¿Quién es Pío Cid? Pío Cid es el propio Angel Ganivet. Los caracteres físicos del uno y del otro coinciden del modo que ya tuvimos ocasión de comprobar. Igual ocurre con los datos biográficos, según los hallamos en el principio de *La conquista* y de

*Los trabajos*, salvo las naturales variantes»<sup>1</sup>. Javier Herrero, haciendo referencia a este punto de vista de Melchor Fernández Almagro y otros críticos, considera que la relación entre Ganivet y Pío Cid «ha sido un hecho universalmente aceptado por la crítica y toda discusión a este respecto sería, evidentemente, superflua»<sup>2</sup>. La aproximación está, por consiguiente, no sólo aceptada como un hecho incontrovertible, sino que es decididamente válida, dado el carácter de la novela. Juan Ventura Agudiez hace una síntesis de la situación cuando afirma que «los trabajos agrupan, fuera de los conceptos personales de Ganivet, tres fuentes autobiográficas de indudable interés para el enfoque profundo del autor: la incorporación de Amelia Roldán como Martina, con todos sus antecedentes familiares; la reunión de los cofrades en el Centro Artístico, la Alhambra y la fuente del Avellano de Granada, y el viaje por Andalucía de Pío Cid. De los tres episodios, el más importante resulta ser el de Martina, si se toma en cuenta que para una íntegra información de las relaciones entre Ganivet y la Roldán los pormenores suministrados en *Los trabajos* adquieren proporciones cruciales»<sup>3</sup>. En particular en este último caso, críticos y biógrafos han sido muy enfáticos. «La historia real coincide con la evocación literaria, Doña Justa y Martín de Gomara —los padres de Martina— se habían casado en Matanzas y habían cruzado múltiples veces el Océano, y al trazar Ganivet en su Pío Cid el retrato y la biografía de Martina, también impresiona ésta por sus ojos, sabe cantar y tocar el piano, ha nacido en Matanzas y piensa trasladarse a vivir en Barcelona»<sup>4</sup>. Francisco García Lorca llega a calar más hondo, y apunta consideraciones estéticas, psicológicas y hasta filosóficas, que pueden encontrarse en lo más profundo del nivel autobiográfico: «Justamente el mayor interés de esta novela radica en la consideración artística a que Ganivet somete su propia vida como consecuencia de la aplicación de sus ideas básicas: que las creaciones diversas del hombre confluyen a una creación única, la de la propia personalidad. Conforme esta idea se va afianzando en su ánimo, más refleja el espíritu de Ganivet, y ya el Pío Cid de

<sup>1</sup> Melchor Fernández Almagro, *Vida y obra de Angel Ganivet* (Madrid: Revista de Occidente, 1952), p. 234.

<sup>2</sup> Javier Herrero, «El elemento biográfico en *Los trabajos del infatigable Pío Cid*», *Hispanic Review*, April 1966, p. 95.

<sup>3</sup> Juan Ventura Agudiez, *Las novelas de Angel Ganivet* (New York: Anaya Book Company, 1972), p. 132.

<sup>4</sup> Antonio Gallego Morell, *Angel Ganivet, el excéntrico del 98* (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1974), p. 71.

*Los trabajos* es un trasunto del autor; de lo que es y de lo que cree ser»<sup>5</sup>. Si todo esto es cierto, como parece serlo, no se nos esconde que nuestro análisis tiene que llevar a una interpretación del propio Angel Ganivet. El inconveniente de una aproximación eminentemente autobiográfica es que el interés por Ganivet mismo acaba por opacar al personaje y, por extensión, su propia obra. La obsesión que lleva a ver al autor en cada página y en cada detalle, termina por superimponerse de tal modo que llega a eclipsar el texto. Nos proponemos en este trabajo interpretar los recovecos sicológicos de Pío Cid y las motivaciones de su conducta partiendo de la interpretación del texto. No se nos esconde que la traumatización existencial que hay en el personaje y su laberinto sicológico, que linda con lo patológico, pueden ser un reflejo del autor, pero no es nuestra intención comprobarlo. Respecto a este punto, dejamos al lector en libertad de llegar a sus propias conclusiones.

En una de las sobremesas en la pensión donde vivía Pío se exponen puntos de vista que forman una apretada síntesis de factores básicos dentro de la novela. Se discute en dicha sobremesa el significado del «amor» y sus consecuencias individuales y colectivas. Debe entenderse esta discusión en términos masculinos. La casa de huéspedes funciona como una entidad estrictamente masculina, donde la mujer ocupa el plano de «animal doméstico» al servicio del hombre. Mundo de hombres solos la mayor parte de las veces, es en realidad una entidad claustral masculina, caracterizada por el estado célibe del hombre, que se encierra en una concha ideológica. A nivel civil ocupa un plano similar al de una congregación religiosa a nivel eclesiástico. No deja de ser significativa la importancia de la casa de huéspedes, en el sentido que comentamos, en la sociedad española, teniendo una importante función que cumplir en la sociedad en general, como fuerza coercitiva de las prerrogativas femeninas. Es por eso que en el texto que pasamos a comentar se discutirán las posibilidades del amor múltiple en el hombre, asumiéndose de antemano que éste no es el caso de la mujer. Para Pío Cid, a pesar de sus ideas heterodoxas, el hombre tiene un poder generatriz, creador, que no existe en la mujer, la cual es simplemente conservadora de la creación masculina (al modo uteral), recipiente pasivo de la creación (al modo mariano), incapaz, como tal, de «amar», en el sentido que él

<sup>5</sup> Francisco García Lorca, *Angel Ganivet, su ideal del hombre* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1952), p. 35.

entiende el «amor». La violación de este estado de cosas constituye un peligro para la sociedad, entendiéndose por la misma una sociedad presidida por el hombre. En el siguiente fragmento están esbozados los puntos más superficiales del conflicto (monogamia-poligamia) y las ramificaciones más profundas (amor-sexo):

Discutíase en la casa de huéspedes, después de almorzar, si el amor era uno en el hombre y en la mujer o si el hombre podía sentir varios amores simultáneos. Orellana proclamó que el amor, como el matrimonio, era uno e indisoluble; y que los que creían sentir varios amores no sentían ninguno en realidad, y que el fundamento del amor y de la vida humana era la mutua fidelidad entre los que se amaban legítimamente. Pío Cid rechazó esta idea como formalista y convencional, y sostuvo que el amor era indicio de la fuerza creadora del espíritu, y que si hubiera un hombre que tuviera un solo amor en la vida, sería profundamente despreciable. En prueba de ello, dijo que en Europa, donde se sigue el régimen de la mujer única, aunque no del amor único, el hombre ha ido achicándose hasta el punto que la mujer se le sube ya a las barbas...<sup>6</sup>.

1. *Monogamia*. Es Orellana el portavoz del principio monogámico. La posición de Orellana es representativa de una comprensión del matrimonio cristiano en su concepción esencial, tal y como queda establecido por Jesucristo: monogámico e igualitario («mutua fidelidad»), unitivo y permanente («uno e indisoluble»). Identifica matrimonio con amor, sin destacar la procreación como base de la unión matrimonial.

2. *Poligamia*. A tal posición arquetípica se opone Pío Cid, señalando su desprecio por cualquier hombre que tuviera un solo amor en la vida. Podemos entender que esta afirmación se refiere al amor «como fuerza creadora del espíritu», pero también podemos decir que se refiere al hecho físico, ya que éste se encuentra presente en la discusión de sobremesa y se vuelve obvio en el resto del párrafo. Explícitamente nos habla Pío Cid de un amor múltiple, simultáneo; implícitamente esto conducirá hacia una situación poligámica a nivel de las relaciones entre el hombre y la mujer.

La imposibilidad de conciliación entre estos dos factores norma-

<sup>6</sup> Angel Ganivet, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1951), t. II, pp. 133-134. Todas las referencias a la obra de Ganivet corresponden a esta edición.

tivos de la conducta entre los sexos llevará a la imposibilidad de conciliar la antinomia amor-sexo.

3. *Amor*. Las líneas divisorias entre el amor como relación directa entre miembros de sexo opuesto y el amor como fuerza generatriz del espíritu, son a primera vista muy confusas. Un análisis cuidadoso de las motivaciones conscientes y subconscientes aclara considerablemente el caso. En términos freudianos lo que está haciendo Pío Cid es sublimar el instinto y crear un mecanismo liberador de sus neurosis mediante la interpretación consciente del «amor», más a nivel creador, generatriz, que físico. Queda establecida la existencia de un amor en sentido último y múltiple a la vez, que es una prerrogativa del hombre (no de la mujer) y al mismo tiempo un deber. El nivel altruista constituye una sublimación del sentimiento amoroso, acorde con el estado consciente de Pío Cid, y responde a la razón. La multiplicidad amorosa será para Pío Cid un vehículo de la abstinencia, ya que el instinto sexual del personaje está apresado dentro de fantasías eróticas que no llegan a hacerse realidad. Pío Cid practica casi monásticamente la abstinencia de la carne, que se «satisface» moderadamente con su mujer: «Yo no siento ya más que amor espiritual, y aún éste con trabajo» (p. 545). Sigmund Freud señala que «civilization has been built up, under the pressure of the struggle for existence, by sacrifices in gratification of the primitive impulses... The sexual are amongst the most important of the instinctive forces does sublimated, that is to say, their energy is turned aside from its sexual goal and diverted towards other ends, no longer sexual and socially more valuable»<sup>7</sup>. La posición de Pío Cid se explica claramente mediante el punto de vista freudiano, aunque la sublimación sólo es parcial. Como veremos, su posición paternalista con respecto a la mujer no es más que un reflejo del polígamo que no llega a ser. Hay en todo esto una disonancia, que va de la represión del instinto a la sublimación —o viceversa—. La evolución del instinto sexual al social tiene un importante significado dentro de la cultura; la ausencia de ese proceso, por cierto, puede explicar muchas de las crisis de la existencia actual, con una supervaloración erótica que ya va en detrimento de la estética y la cultura. En Pío Cid el «amor» se manifiesta con mar-

<sup>7</sup> Sigmund Freud, *A General Introduction to Psycho-analysis* (New York: Liveright Publishing Corporation, 1935), pp. 23-24.

cada conciencia colectiva. De ahí que la novela y el personaje podrían explicarse como un proceso de traumatización y sublimación de la sexualidad. Toda la conducta de Pío Cid emerge de este proceso de represión y sublimación. Esta última vertiente da lugar a la peripecia externa de la novela, incluyendo el Pío Cid dispuesto a realizar la reforma política de España y que acaba sin reformar nada.

4. *Sexo*. La razón de esta reforma inconclusa, del caos novelesco y hasta la incongruencia narrativa, del desasosiego latente en muchas de sus páginas, de su falta de conciliación, de armonía, está posiblemente en esa sexualidad reprimida y sólo parcialmente sublimada. Por debajo está el subconsciente sexual del personaje y «la sombra» junguiana con la que no quiere enfrentarse. El trauma íntimo del personaje se descubrirá metafóricamente, mediante referencias intelectuales y literarias. Si de un lado hay una conducta externa que refleja el «amor» último en sus múltiples manifestaciones; del otro lado está el lado oscuro, «la sombra», que descubre su misogenia. Esta dualidad, definida por Jung como disociación, explica también la contradicción aparente en cuanto a sus ideas y su conducta, que parecen no ponerse de acuerdo. Máscara del Doctor Jeckyll y Mr. Hyde, Pío Cid le teme al misterio femenino de la «mujer fatal», siempre dispuesta a devorarlo. De ahí que sea imagen clave la del «hombre que ha ido achicándose». Freudianamente, regresión uteral; jungianamente, encuentro de Pío Cid con el «animus». Aunque quiere conocer, este especialista en obstetricia también le teme al conocimiento. No hay que olvidar que es el traductor de un *Tratado de partos*, que tiene «abierto precisamente por una página que tenía un grabado espeluznante» (p. 150) Punto de vista del narrador, pero que puede ser también del personaje.

Pío, en resumen, se encuentra atrapado entre dos vertientes de la realidad cultural exterior, monogamia y poligamia, que configuran las contradicciones de su realidad interior, amor y sexo. En sus relaciones con los personajes femeninos de la novela, descubre toda una sicología de la represión.

# I. EL «CASO» DE MARTINA: LOS DISFRACES DE LA MONOGAMIA

A pesar de no estar casado con Martina, mantiene con ella una relación monogámica estable. A ésta le falta no sólo estar santificada

por la Iglesia, sino una fundamental comunión física y espiritual que sea profunda y significativa. Al mismo tiempo, el compromiso con Martina lo protege, aunque él se ve a sí mismo como protector de ella. Al limitar su existencia sexual al estado monogámico, Pío se protege a sí mismo de cualquier otra situación que pudiera ocasionarle algún peligro. Martina es, en definitiva, la «mujer única» de una condición civil no aclarada, pero tampoco negada del todo; por consiguiente, ambigua. Como sostiene que no cree en el matrimonio cristiano, Pío utiliza este «principio» como excusa que lo salvaguarda de un compromiso dentro de los términos estrictos de la sociedad en que vive y que afirma rechazar. La «parábola» en que hace el cuento de la «elección de esposa de Abd-el-Malik» (p. 159) está estrechamente relacionada con el significado de todo el episodio y determina la aceptación de la situación por Martina. Ganivet utiliza el texto dentro del texto, en prosa, para establecer asociaciones conscientes, mientras que la poesía dentro del texto es utilizada para manifestar vertientes subconscientes más complicadas. Abd-el-Malik es identificado como el «siervo del ángel» —connotación que equivale a la de Ganivet y Pío Cid y produce una reacción en cadena: Angel-Pío-Abd-el-Malik-Pío-Angel). La relación personal es obvia y responde al péndulo monogámico-poligámico que caracteriza la novela. Si en el cuento el rey se decide por una esclava insignificante, «que no tenía ninguna habilidad notable, y apenas sabía leer y escribir» (p. 165), al trasladar la moraleja a la vida «real», que es su objetivo, Pío se decide por una mujer que no tiene ninguna habilidad notable tampoco; lo menos que quiere seleccionar es una que se le suba a las barbas. Como en el caso del sultán, no elige a una «favorita» que se destaque por su belleza (Mercedes) o su inteligencia (la duquesa de Almadura). La duquesa de Almadura, al ver el retrato de Martina, observa una contradicción que le parece evidente. No entiende cómo un «idealista» como Pío se haya sentido atraído por una mujer esencialmente vulgar. Pío Cid, que vive en una zona de nadie donde la razón explica los actos y el subconsciente acaba negándolos, afirma que «no es vulgar la palabra propia; más bien debía usted decir humana; pero aun siendo vulgar, no sería una mujer vulgar, sino la vulgaridad personificada; es decir, un tipo universal, tanto o más admirable que un tipo excepcional, extraordinario» (p. 542). Ante la imposibilidad de una mujer «ideal», soñada en la lírica de Pío, aboga por el absoluto de la vulgaridad. Acaba encontrando en Martina el «ideal» femenino, basado en la insignificancia,

la vulgaridad y la ignorancia. Su relación «matrimonial» busca el distanciamiento y niega la comunicación como procedimiento unitivo. Por ese motivo diseña el complicado peinado de Martina, que «se tarda muchas horas en hacerlo, y en esas horas la mujer no piensa en nada y deja tranquilo al hombre» (p. 541). Es un matrimonio monogámico a medias, sin libre elección mutua y sin unidad física y espiritual. En su caso, la razón se vuelve un mecanismo de la conciencia que busca explicaciones efectivas para ocultar las inseguridades del subconsciente. Su conducta demuestra que él no llega a encontrar satisfacción interna en la práctica de sus puntos de vista. Y es que, en realidad, nunca los pone en práctica. La relación con Martina le sirve para enmascarar su miedo a lo desconocido. El nexo ambivalente, monogamia-poligamia, es el disfraz que lleva a Pío Cid al baile de máscaras. Por el contrario, Martina tiene una posición muy definida sobre el particular. Sus celos matrimoniales son arquetípicos y es, en general, una mujer monogámica, vulgar y en ocasiones irritante, aunque no deja de tener razón para sentirse irritada ante el tinglado pseudo-poligámico que levanta Pío.

El resultado de todo esto y lo que nos queda por exponer, se manifiesta por una confusión de identidad que explica lo difícil que resulta seguir el pensamiento de Pío Cid hasta llegar a un sistema lógico que no presente contradicciones. Se trata de un proceso de crecimiento donde se pone de manifiesto la inmadurez del personaje y su incapacidad para ajustarse al mundo, y en última instancia, luchar contra él de una forma directa y constructiva. Es por eso que el efecto de la novela es caótico, lo que le da modernidad, aunque quizás no se trate de una modernidad deliberada. En su análisis de la identidad y los ciclos vitales, Erik H. Erikson observa que «true 'engagement' with others is the result and the test of firm self-delineation»<sup>8</sup>. Pío no tiene en el fondo una idea clara de sí mismo y se mueve de una forma frecuentemente incomprensible, paradójica y contradictoria. De ahí que no compartimos las aproximaciones «idílicas» a la novela, basadas en un ideario estrictamente altruista: «*Los trabajos* son el camino de la salvación por obra de la sobriedad y la disciplina que hagan recobrar al hombre el dominio de sí mismo y con él el poder de seguir los acontecimientos»<sup>9</sup>. Nada a mi parecer

<sup>8</sup> Erik H. Erikson, *Identity and the Life Cycle* (New York: W. W. Norton & Co., 1980), p. 134.

<sup>9</sup> Miguel Olmedo Moreno, *El pensamiento de Angel Ganivet* (Madrid: Revista de Occidente, 1965), p. 199.



más distante de lo que es la novela. En su vida privada no hay fusión entre él y Martina, y la que pudiera surgir con otros personajes (particularmente con la duquesa) se protege a través de un compromiso donde nada se ha comprometido, extendiéndose el asunto a su vida pública. «The ego thus loses its flexible capacity for abandoning itself to sexual and affectual sensations, in a fusion with another individual who is both partner to the sensation and guaranter of one's continuing identity: fusion with another becomes identity loss»<sup>10</sup>. Las consecuencias de esto a nivel colectivo son funestas. «A state of paralysis may ensue, the mechanism of which appears to be devised to maintain a state of minimal actual choice and commitment with a maximum inner conviction of still being the chooser»<sup>11</sup>. Al no comprometerse, como ocurre, por ejemplo, al final de la campaña electoral, retirándose de la vida política, no elige en realidad. La sublimación del trauma queda a medias; el efecto es más aparente que real. Los otros son los que eligen, mientras él se autoengaña pensando que ha hecho una elección. Eso explica, a la larga, el vacío que hay en las inútiles páginas y páginas en que «emprende la reforma política de España». La confusión del texto que va y viene sin dirección precisa, en conversaciones interminables, tertulias, discursos, narraciones, es la de Pío (admirado por Ganivet dentro del texto), que se enfrenta a una combinación de experiencias que exigen «his simultaneous commitment to *physical intimacy* (not by any means always overtly sexual), the decisive *occupational choice*, to *energetic competition*, and to *psychosocial self-definition*»<sup>12</sup>. La ausencia de una plena intimidad físico-sicológica entre Pío y las muchas mujeres con las que pone en práctica una especie de donjuanismo platónico; la falta de una profesión específica que lo delimite más concretamente como traductor, preceptor, político o artista, dedicándose a la misma de una forma coherente; la carencia de unas metas bien definidas dentro de un idearium que resulta confuso (especie de socialismo cristiano arabeizante que reconoce como falto de efectividad en una sociedad tradicionalmente dogmática y autoritaria), nos hace pensar que el tratamiento «clínico» de Pío Cid es absolutamente válido.

La complejidad de la novela se pone de manifiesto hacia la primera parte del «primer trabajo», cuando Pío decide ir al baile de

<sup>10</sup> Erikson, p. 135.

<sup>11</sup> Erikson, p. 134.

<sup>12</sup> Erikson, p. 133.

máscaras. Este episodio ha sido ampliamente estudiado por la crítica desde el punto de vista autobiográfico, como reflejo del encuentro entre Ganivet y Amelia Roldán. Dejando a un lado la situación desde el punto de vista de Ganivet como hombre de carne y hueso transferido al texto, Pío manifiesta un miedo hacia lo desconocido que representa un enmascaramiento del ser. «Ustedes no creerán que un hombre que no teme a nada ni a nadie en el mundo tenga miedo a las máscaras» (p. 69). Pero, ¿en qué consiste exactamente ese temor? Pío afirma que se encuentra en perfecto dominio de sus cinco sentidos, pero que hay un sexto sentido que escapa a su capacidad de dominio. «Hay un sexto sentido que no cae por completo bajo mi poder, y que es una puerta abierta por donde temo que llegue hasta mí el azar, que juega y se divierte con todos nosotros, cuando nosotros nos abandonamos a él» (p. 69). El temor surge, por consiguiente, de una relación entre los sexos y en la carencia de un «sexto sentido» que no está en el hombre, sino en la mujer. No explica el fenómeno como temor al sexo opuesto, ni implica directamente que se trate de supremacía femenina, a pesar de que es posible que la mujer no tema y posea un sexto sentido del que carece el hombre. «Ustedes habrán visto alguna vez una mujer vestida de máscara con un capuchón que la cubre por completo y habrán experimentado una sensación extraña, y luego habrán pensado que esa sensación provenía de la idea de que aquella mujer era una beldad rara, algo desconocido, fantástico» (p. 70). Pío se apresura a negar este punto de vista. Es decir, no es el misterio femenino, en el sentido tradicional, el factor determinante de esta conducta. Prosiguiendo con su planteamiento, afirma que lo que hay detrás de la máscara es «la sensación del amor» (p. 70). En el baile de máscaras, la máscara femenina proyecta sobre él esa sensación, que lo aprisiona. Atrapado, ya no escapará, no porque se enamore de una determinada mujer, sino porque lo hace de una determinada sensación. A estas razones se unirán otras al producirse el desenmascaramiento de Martina. No hay un solo detalle en Martina (enmascarada o no) que nos haga sospechar dónde está el secreto de esa «sensación pura» por la que siente el personaje atracción y repulsión, de la que recela pero que también le seduce. El contrapunto monogamia-poli-gamia entrará en juego en la secuencia. Si por un lado se acerca a Martina, por otro está consciente de que lo hace hacia una Martina multiplicada. «Notó, pues, Pío Cid, a poco de entrar, un grupo de seis máscaras, sentadas casi enfrente de su palco. Todas iban vesti-

tidas o encapuchadas de negro, con vivos rojos, como una bandada de pájaros o como personas de una misma familia» (p. 79). No se trata de una máscara, sino de seis. La «sensación pura» aparece multiplicada, y aunque la elección recae en Martina, no hay ningún factor individual que sea determinante. Puro azar. Es un hecho casual que no tiene nada que ver con la libre elección monogámica del auténtico matrimonio cristiano —razón de más para que no se case con Martina aunque la elija como mujer. Por consiguiente, Pío Cid va en camino de establecer una relación poligámica que no llega a lo físico, con un clan familiar femenino —coro lúgubre y sepulcral, aves fatídicas, grotesco de tragedia.

En el título del tercer trabajo, cuando «Pío Cid pretende gobernar unas amazonas», se explica la razón de ser. Para el «piadoso conquistador» la mujer es siempre una amazona, un contradictorio acicate de su conducta: por eso «pretende» gobernarlas —lo que no quiere decir que las gobierne—. La mujer se le presentará con frecuencia en términos masculinos, poniendo de relieve el «hombre interior», acometedora y capaz de subírsele amazónica y agresivamente a las barbas. Esta actitud, que critica, es el acicate que le hace buscar el choque con el sexo opuesto. Lo que descubre en la mujer no es el lado femenino, sino el «animus» masculino que la habita. Atracción y repulsión que llevará al choque, en este caso colectivo. Este principio regirá su conducta, manifestándose más enfáticamente después en sus relaciones con Consuelo y la duquesa, donde la situación se hará más tirante. «Animus and anima always tend to drag conversation down to a very low level and to produce a disagreeable, irascible, emotional atmosphere»<sup>13</sup>. Enfrentado al «hombre interior» amazónico, Pío Cid sentirá el acicate del conquistador masculino, aunque teme, por otra parte, que él, conquistador barbudo, vaya a terminar más o menos rapado. Por todos estos motivos, en el tercer trabajo el carácter poligámico-platónico de la situación se hace explícito. Se trata de una función de dominio masculino sobre un grupo amazónico femenino. No se trata de la «domesticación» de Martina, sino de un proceso de dominio colectivo. Lo que propone Pío es la creación de un protectorado masculino de carácter pseudo-poligámico, siendo Martina una excusa o vehículo para que la relación pueda formalizarse. El hecho de acostarse físicamente con Martina ocupa

<sup>13</sup> M. L. von Franz, «The Process of Individuation», in *Man and His Symbols* by Carl G. Jung (New York: Dell Publishing Co., 1964), p. 207.

un nivel secundario en todo el episodio. Es por lo expuesto que discrepamos de la interpretación idealizante de este momento: «No recuerdo página de la literatura que yo conozca, en que más cándidamente, y con más emoción humana a la par, se narre la entrega de una mujer. La ausencia de toda tramoya sirve para destacar el valor auténtico de momentos tan escuetos, asistidos de una noble verdad poemática. Pío Cid posee a Martina sin un punto de goce bestial, serenamente, dejándose penetrar por raras impresiones que la alegría y la tristeza componen a medias»<sup>14</sup>. Existe, sin embargo, toda una gran tramoya interior donde hay que buscar las secretas motivaciones del protagonista. Pío es un polígamo sediento e insatisfecho. La «sensación pura» que experimenta no se circunscribe a una de las seis mujeres, sino que se extiende a las seis, y las seis, simbólicamente, son arrastradas fuera del baile. A nivel externo proyecta la imagen «padre-consejero-protector-amante de todas», que los biógrafos del novelista también atribuyen al escritor. La aspiración poligámica se pone de manifiesto al entrar en «territorio amazónico», y por vías, a veces de apariencia mágica, las conquista una a una, como en el caso del descubrimiento del «secreto» de doña Candelaria o el colirio para Paca, que prepara como acto ritual y que produce un efecto teatral.

En este momento de la novela Pío Cid disfruta del papel que está representando, viendo su sexualidad subconsciente en términos trascendentes, produciéndose en él un efecto de auto-engaño. Puro sexo, lo eleva a la función mesiánica. Bíblicamente le dice a Martina: «Desde hoy va a comenzar aquí una nueva vida, y hay que comenzarla siendo generosos, no guardándose ningún rencor ni hablando de asuntos desagradables» (p. 138). Se expresa así como un polígamo cristiano que preside un reino amoroso donde él es objeto de adoración femenina. Detrás de sus observaciones sobre la mujer, frecuentemente simplistas, hay mucha trastienda. «Las muchachas estaban fuera de sí, porque después de dos meses de conversación sosa y aburrida, como es siempre la de las mujeres solas, les gustaba sobremanera las ocurrencias y dichos de Pío Cid» (p. 148). En otras palabras, la narrativa de Pío Cid las «excita». Por eso Martina quiere saber su identidad y su oficio, que él explica del siguiente modo: «—Estoy aprendiendo a gobernar a seis mujeres —contestó Pío Cid entre las risas de todas, contentas y orgullosas de verse prote-

---

<sup>14</sup> Fernández Almagro, pp. 248-249.

gidas por aquel hombre que debía parecerles un gallo muy hecho y con terribles espolones» (p. 157). El personaje se vuelve icono fálico, adorado de forma elemental, casi primitiva. El especialista de la matriz, el parto y la obstetricia, se vuelve objeto sexual en medio de esta simbólica relación poligámica en un «harén» madrileño, granadino y ganivetiano. Para imponerse, cosifica a la mujer. Cuando Martina, doña Justa y doña Candelaria se abrazan llorando, «Pío Cid permanecía de pie junto a ellas, mirándolas como si fuera un grupo artístico, no mujeres de verdad» ((p. 138-139). Transmuta a las mujeres en una imagen plástica y no las ve como criaturas individualizadas, de carne y hueso, completando la imagen pictórica con apodosos deshumanizantes, metafóricos, que acrecientan el distanciamiento: «Pájaro de plomo», «Fragata encallada», «Trompo». Son asociaciones inverosímiles que casi tendrían que interpretarse psicoanalíticamente, tratando de buscar el significado en la libre y espontánea asociación de palabras. Son aves que no elevan el vuelo, naves que no navegan, objetos que giran sobre su eje sin ir a ninguna parte; sustancias inorgánicas que aleja físicamente de sí mismo. Y a Martina le dirá después: «¿Ya empieza el martillo?» (p. 147). El interés de todo esto radica en la aparente falta de lógica, la absurdidad de términos, el enigma novelesco de las motivaciones que lleva a desconcertantes relaciones personales. En resumen, un fenómeno de transculturación tiene lugar. *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* es una novela «morisca» y cristiana a la vez donde Ganivet integra el pasado árabe con una concepción cristiana basada en el amor al prójimo, el interés colectivo, la caridad y la redención. Proceso ascensional que no puede entenderse correctamente sin el descenso al foco orgánico de la sexualidad masculina reprimida.

## II. EL «CASO» DE CONSUELO: EL «ANIMUS» CONQUISTADO

Al estar «comprometido» públicamente con Martina, Pío no se puede «comprometer» con ninguna otra mujer: se libera de todo «compromiso». Se opone al régimen de la «mujer única», pero en la práctica sigue al pie de la letra el principio monogámico, a pesar de su discreto con las mujeres. El «caso» de Consuelo Gandaria es muy representativo de la conducta del personaje. Desde el primer momento se establece entre ambos una empatía muy manifiesta, diríase casi intelectual, que no existe entre él y Martina. Pero precisa-

mente por eso, Consuelo es un peligro para Pío Cid, por cuyo motivo decide aniquilarla. Consuelo es una mujez de «subírsele a las barbas». Establece con ella un nexo unitivo sicológico permanente, pero distanciado. En la relación que hay entre Pío y Consuelo ocurre una importante transferencia que tiene su nexo sicoanalítico. En primer término, Pío va a sacar a Consuelo de la órbita familiar y hará que la muchacha tome los hábitos, muy a disgusto de su padre. De esta forma, Pío va a ocupar el lugar del padre a medida que se desarrollen las entrevistas. Desplazando al padre, mediante una faena siquiátrica digna de Freud, el protagonista se apodera de la situación, con todos los beneficios del caso. «In the course of treatment the patient transfers the father-image to the doctor, thus making him, in a sense, the father, and in the sense that the is *not* the father, also making him a substitute for the man she cannot reach. The doctor therefore becomes both a father and a kind of lover —in other words, an object of conflict»<sup>15</sup>. Es evidente que a Consuelo se le presenta un grave conflicto interior a consecuencia de esta relación. Pío adopta una actitud siquiátrico-paternalista, y al hacerlo produce el consiguiente impacto erótico en la muchacha. El conflicto se acrecienta además porque Pío se coloca también en una posición de objeto deseado no alcanzable. Es, en fin, otro fruto prohibido. Este papel le viene al ego de Pío a las mil maravillas. El vacío existencial de Consuelo, el significado de su vida, lo que podríamos llamar «su conflicto», busca su solución en el «tratamiento» de Pío. «In him the opposites are united, and for this reason he stands for a quasi-ideal solution of the conflict. Without in the least wishing it, he draws upon himself an over-evaluation that is almost incredible to the outsider, for to the patient he seems like a saviour or a god. This way of speaking is not altogether so laughable as it sounds. It is indeed a bit much to be father and a lover at once. Nobody could possibly stand up to it in the long run, because it is too much of a good thing»<sup>16</sup>. Es evidente que Pío Cid no tiene las mismas sanas intenciones de Carl Jung. Es esto lo que descubre la falacia de su «tratamiento», ya que lo hace todo con intención. Por consiguiente, encantado interpretando el papel de siquiatra, amante, Padre y Dios, todo a un tiempo. Como para él no es en realidad «too much of a

<sup>15</sup> Joseph Campbell, *The Portable Jung* (England: Penguin Books, 1971), p. 73.

<sup>16</sup> Campbell, p. 73.

good thing», porque es exactamente lo que anda buscando, trata de encontrar una solución ajustada a su medida, a sus propios intereses sicológicos y no a los de Consuelo, atrapando a la muchacha en las múltiples redes de su hábil juego. Todo está cuidadosamente calculado para que su presa no se le escape. Con ella ejecuta un maligno y refinado juego sicológico, apresándola también en las redes de sí misma, anulándola, sin verse en el «peligro» de caer en el lazo de la joven. Como si fuera un sicoanalista experimentado, va haciendo que Consuelo descubra su supuesta verdad, que no es otra que la verdad del instinto reprimido de Pío, llevándola a la parálisis de la acción, ideal femenino del protagonista. Al no dar el paso último de establecer con Consuelo un nexo unitivo definitivo y auténtico, a nivel sexual y espiritual, constriñe la existencia sexual y espiritual de la joven, impulsándola a que tome los hábitos. Consuelo lo sospecha: «Quién sabe si me querrá... y si esa idea de que yo sea monja será un refinamiento de celos... El es casado, o como si lo fuera, y no ha podido comportarse más caballerosamente... Pero lo más particular es lo de haberme imaginado vestida de monja» (p. 224). Este ardid de Pío, resultado del subconsciente erótico y su traumatización, es muy significativo. En realidad, quisiera hacerla «suya», pero no se atreve, lográndolo a través de un procedimiento indirecto muy elaborado. Si Consuelo toma los hábitos la separa, en primer término, de su padre, y la «condena» a una virginidad perpetua, eliminando así que caiga en la órbita erótica de otro hombre. Se la reserva para él, sin comprometerse en nada, sin violar ningún principio monogámico y sin arriesgar su «preciosa» identidad e integridad masculina. La somete a todo un ritual nupcial mediante el cual la muchacha se le entrega en nupcias secretas que los demás ignoran. En su alcoba «toma los hábitos» en encubiertas nupcias —un auténtico *hieros gamos*— con Pío. Porque nunca se unirá a Cristo. «Todo esto lo hacía delante del espejo de su tocador, y cuando vio la imagen de su figura transformada, se quedó mirándola con asombro y como adorándola, porque le parecía la imagen de una Dolorosa. La frente, que era lo más intelectual de la joven, se ocultaba tras la toca; parte de la barba desaparecía bajo el manto, y el rostro así cortado, tenía una expresión más humilde» (p. 224). En ningún otro momento de la novela se pone tan de manifiesto la crueldad del «piadoso» conquistador. Al hacer que tome los hábitos, la elimina, la encierra en el claustro, la saca del mundo, estrangula su erotismo y se la reserva para sí. De esta forma, la «amazona» está completa-

mente conquistada. No hay que olvidar que al encontrarse con la muchacha Pío reconoció en ella el «animus», sintiéndose físicamente atraído no sólo por el lado femenino de Consuelo, sino por lo que Jung define como el lado masculino de la mujer. Después que Consuelo se sienta «con movimiento elegantísimo en el borde del diván como amazona que monta a caballo» (p. 204), le dice: «Hay en usted cierta apariencia de mujer dueña de sí, experimentada, si se quiere; pero yo lo atribuyo a que usted tiene movimientos varoniles, sueltos y vigorosos, como de quien ejercita mucho las fuerzas de la equitación y la gimnasia» (p. 204). Este doble carácter, aparente seguridad psicológica y seguridad física en el gesto, lo incitan, viéndose espoleado por la joven y en la obligación de conquistarla y doblegarla. La debilidad de la muchacha se pone de manifiesto, y se puede decir que Consuelo es otra conquista fácil. Esta conquista la realiza mediante un ataque por sorpresa, llevando a la superficie la religiosidad de Consuelo, que estaba oculta y que quizás no fuera tan fuerte como Pío Cid le hace ver. Al tomar los hábitos para él, ante el espejo, el peligro varonil del «animus», que en definitivo lo irrita, desaparece bajo la toca, así como su belleza. En la peor tradición eclesiástica del cristianismo, que presenta a la Iglesia como fuerza coercitiva que hace callar a la mujer y bajar la cabeza, dentro de las normas que se le atribuyen a San Pablo, pero no a Jesucristo, la mujer es «puesta en su lugar» por el hombre y ahí se queda. Consuelo cae en la trampa de una trastada masculina, muy parecida al peinado a la moda creado por Pío Cid para acallar a Martina. Cubierta por la toca, la inteligencia queda reducida a su mínima expresión. La humildad se impone, al modo de la esclava elegida por Abd-el-Malik, y la mujer pasa a jugar el pasivo papel que le corresponde como amazona conquistada. El sincretismo cristiano-musulmán, en sus peores términos, es puesto en práctica por Pío Cid, espejo de Dios-Padre-Abd-el-Malik-Ángel Ganivet. Sin alterar su monogamia entre comillas, Pío Cid mete otra esclava en su idearium poligámico. En su libro *Ángel Ganivet: un iluminado*, Javier Herrero comienza diciendo: «Ganivet escribió en *La conquista del reino de Maya* una sentencia que podría servir de lema a sus obras completas: 'La carne emponzoña el espíritu con su fétida emanación'. El esfuerzo artístico y ético de Ganivet se encaminará, durante su corta vida, a liberar su espíritu y, en lo posible, el de sus prójimos, de los turbios vapores de la carne...<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Javier Herrero, *Ángel Ganivet: un iluminado* (Madrid: Gredos, 1966), p. 15.



No dudamos de la intención y estamos de acuerdo con el alcance de la sentencia, pero en el caso de Pío Cid cuestionamos el resultado.

### III. EL «CASO» DE LA DUQUESA DE ALMADURA: LAS «RAZONES» DE EROS

Con no menos astucia procede con la duquesa de Almadura, que es una «amazona» del intelecto. La gran paradoja de Pío Cid es que, como hombre, se ve a sí mismo dentro del predominio de la razón; en el fondo está en las garras de Eros. Dos de las mujeres que más le atraen, Consuelo y la duquesa, están dominadas por la razón y no por Eros, contradiciendo los términos que le corresponden a su sexo. Irritado, Pío Cid se empeña en poner «las cosas en su lugar», atrapando a ambas mujeres en las redes de Eros. «The animus corresponds to the paternal Logos just as the anima corresponds to the maternal Eros. But I do not wish or intend to give these two intuitive concepts too specific a definition. I use Eros and Logos merely as conceptual aids to describe the fact that woman's consciousness is characterized more by the connective quality of Eros than by the discrimination and cognition associated with Logos. In men, Eros, the function of relationship, is usually less developed than Logos. In women, on the other hand, Eros is an expression of their true nature, while their Logos is often only a regrettable accident»<sup>18</sup>. Es muy posible que Pío Cid, incapaz de aceptar la verdad de Eros como motivación de su conducta, se disponga a rectificar el «lamentable accidente» que se hace obvio en Consuelo y la duquesa de Almadura. Es evidente que desde el primer momento se siente irritado con la duquesa, que parece segura de sí misma y que tiene ideas muy definidas sobre multitud de cosas, y en especial sobre España. Pero Pío rechaza estas virtudes en la mujer, que son para él defectos<sup>19</sup>. En el fondo lo que quiere hacer con ella es lo mismo

<sup>18</sup> Campbell, p. 18.

<sup>19</sup> El tema de la mujer en la obra de Ganivet ha sido discutido por diversos autores, algunas veces con demasiada simplicidad. Observa Miguel Olmedo Moreno, por ejemplo, que «Pío Cid es, como se revela en los episodios de Consuelo y la Duquesa, un don Juan "a lo metafísico", que conquista mujeres no para poseerlas, sino para convertirlas», *El pensamiento de Ganivet* (Madrid: Revista de Occidente, 1965), p. 216. Especial mención merecen los juicios de García Lorca en la obra citada (pp. 184-221). Sobre este particular ver mis trabajos: «El dogma de la Inmaculada Concepción como interpretación de la mujer en la obra de Ganivet», *Duquesne Hispanic Review*, Spring, 1968, pp. 9-12; «Fuerzas deformantes de la realidad en *La conquista del Reino de*

que hizo con Martina y su familia y después con Mercedes. «Cuando yo encuentro en el mundo una mujer hermosa como usted, mi primer impulso, que es en mí natural, no es ciertamente discretear con ella...» (p. 550), aclarando a renglón seguido que su impulso es «cogerla debajo del brazo y llevármela a mi casa» (p. 550). En efecto, éste sería el deseo de Pío Cid. Se trata, no obstante, de un deseo reprimido por la sociedad, de un lado, y su propia coerción sicológica, del otro. No puede actuar así y tomar a cualquier mujer como se toma un objeto que le pertenece a uno, llevándoselo después a su casa para hacerlo suyo —aunque algo de esto hizo con Martina—. El discreteo se impone como único recurso al alcance del personaje. Aunque el instinto clama por otros procedimientos, Pío Cid los reprime, amparado en parte por su peculiar estado civil pseudo-monogámico. Por el contrario, coloca a la duquesa en la pendiente del adulterio, mientras que él la elude sagazmente. Los consejos que le da bien se los pudiera aplicar a sí mismo. «El derecho de amar es el más sagrado y quien lo infringe es un criminal peligroso... La sangre tiene también sus misterios» (p. 553). «Hay algo peor que una falta: la apariencia de una falta; porque de la falta, por ser realidad, puede salir algo bueno; mas de la apariencia no pueden salir más que ficciones, sentimientos sin apoyo en la naturaleza... Así, a la mujer de que usted me ha hablado yo le diría sin vacilar: cometa usted inmediatamente la falta que no ha cometido, humanícese, y todo lo arreglaremos» (p. 554). La deshonestidad erótica de Pío consiste en no poner en práctica el idearium de la sexualidad que tan decididamente predica. Como la duquesa ante el duque, Martina sospecha que Pío, en algún momento, la ha engañado, y en particular las relaciones que sostiene su marido con la duquesa tienen a sus ojos la apariencia de falta cometida. Pío lo sabe, pero no comete «la falta que no ha cometido». No se humaniza, según él dice, y no arregla nada consigo mismo. Dentro de su código ético, está en falta, porque comete «algo peor que una falta». Nada bueno, en efecto, sale de su situación, y su conducta es la del «criminal peligroso». Infringe el «derecho de amar», y al traumatizar los impulsos de su propia sangre, impulsa a la duquesa al adulterio, que viola así un principio ético del matrimonio cristiano y monogámico. Después de llevarla a un estado de celo sicológico y fisiológico, cuando se siente desfa-

---

Maya», *Proceedings*, Pacific Northwest Conference, vol. XXIII, pp. 281-287; «*Cartas finlandesas*: Ganivet, agonista de la percepción y del lenguaje», *Revista de Estudios Hispánicos*, Jan. 1976, pp. 6-30.

llecer al lado de Pío Cid en un proceso que tiene todas las apariencias de un orgasmo, o cuando menos de un juego precursor del mismo, Pío castamente se retira en el llamado momento álgido, fiel a Martina y a su compromiso monogámico, transfiriendo al paciente todos los traumas de su cuerpo y de su espíritu, aunque conduciéndolo, aparentemente, a la liberación del instinto reprimido por una condición civil que le ha sido impuesta.

La riqueza de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* descansa en el contrapunto cultural y psicológico latente en la novela. Por un lado, Pío Cid sería hoy (o ayer, para ser exactos, en la década de los sesenta) la figura arquetípica al frente de un grupo preconizador de la revolución sexual y social (posiblemente más sexual que social), con todas las confusiones del caso. Como marxista se quedaría corto, sin embargo. Es demasiado caótico y desorganizado, aunque preconice la desaparición de la propiedad privada. Los recovecos psicológicos de Pío Cid resultan demasiado laberínticos para que su conducta pueda ajustarse a parámetros tan rígidos. Con todo lo español que pueda ser y con el mayor respeto que pueda despertar su figura como espejo de Angel Ganivet, tiene mucho de «hippie» que nació antes de tiempo. Hasta en el desaliño en el vestir parece coincidir. Su concepto poligámico y su amor compartido, multiplicado, está inspirado en un concepto que a veces recuerda la entrega del «make love, not war» en su más amplio sentido. Pero, para hacer más interesante el caso, la austeridad senequista, la represión ética, la conducta moral, restringe el impulso primario, lo acoquina monogámicamente y encadena el instinto. La lucha entre el hombre ético y el hombre erótico se desencadena anómalamente y lo hace todo un ejemplar de modernidad, tanto o más que si el instinto se hubiera desatado. Su monogamia convierte a su poligamia en una fantasía erótica de nuestro tiempo.

Como dijimos al principio de nuestro trabajo, no pretendemos afirmar que este Pío Cid que se desprende de las páginas de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* sea nada más y nada menos que el propio Angel Ganivet. Esto exigiría otro trabajo y una comprobación de datos de otro carácter. Pero quizás un simple recorrido por estas páginas podrían hacernos sospechar que detrás de ellas anda escondida «la sombra» de Angel Ganivet. Después de todo, a buen entendedor pocas palabras bastan.

BLANK PAGE